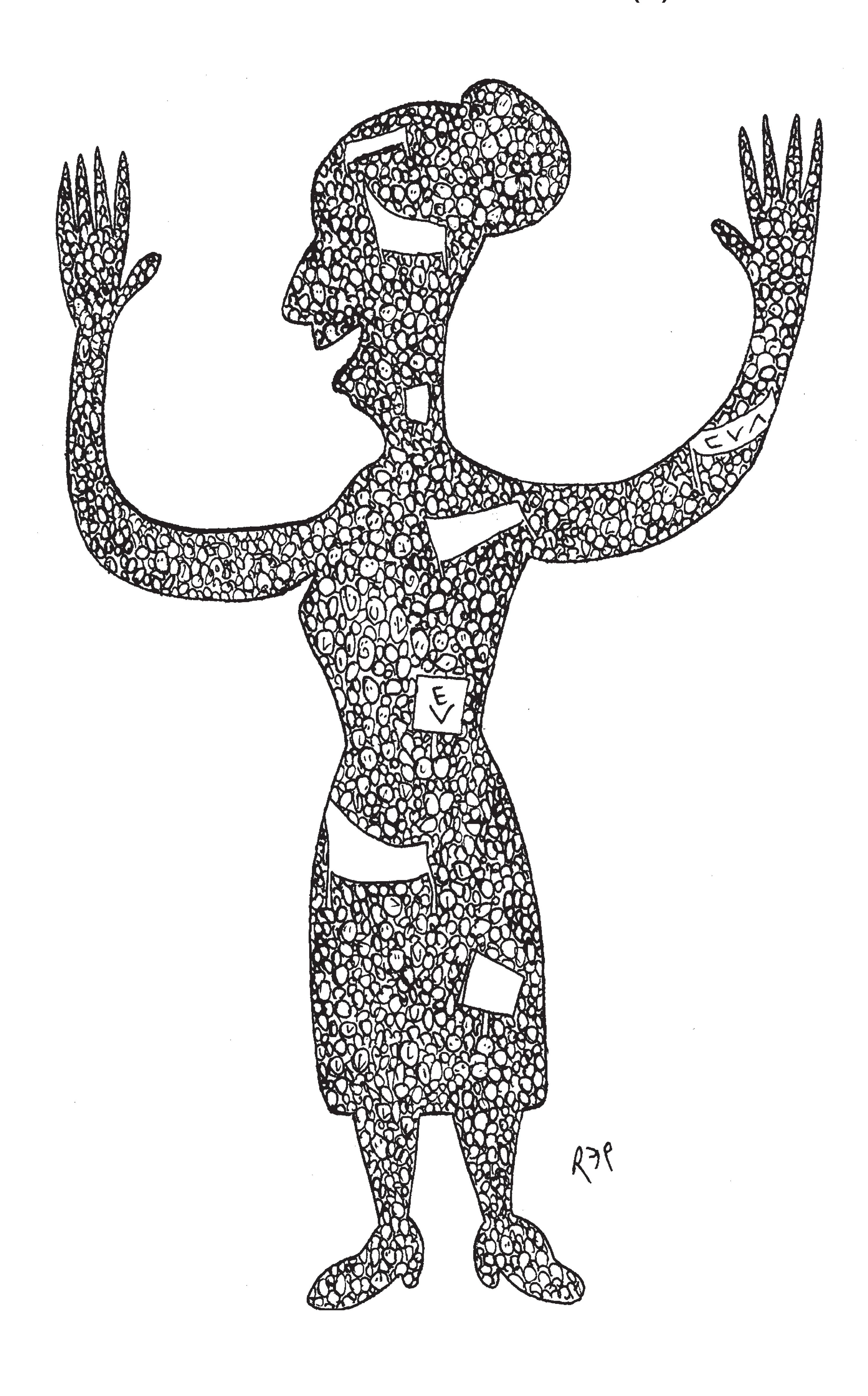
# Peronismo

José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**16** **Eva Perón (III)**




Suplemento especial de
**Página/12**

## La oligarquía es incestuosa

Siguiendo el derrotero existencial de Genet, Sartre lo atrapa en esos intentos por darse el Ser, por ser Algo. "Sí: *hay* que decidir; matarse es también decidir. El ha elegido vivir, ha dicho contra todos: seré el Ladrón" (Sartre, *Ibid*., p. 85). Para Genet, robar no es *sólo* robar. Robar es *ser* el Ladrón. Si robo es porque quiero darme la densidad de ser *algo*. En este caso, *ladrón*. Si tomamos el vocabulario de esa conferencia que pronuncia Sartre en 1946 y a la que titula, muy expresivamente, *El existencialismo es un humanismo,* diríamos que el bastardo empieza por existir, porque no tiene nada detrás de sí. Nada que lo justifique. *No tiene esencia*. En él, de modo ejemplar, la existencia precede a la esencia. Victoria Ocampo, la oligarquía, tiene *todo* detrás de sí. No tiene nada que justificar. Vive por derecho de linaje. Los sinónimos de *linaje* son muy ilustrativos. O, al menos, ilustraremos algunos. Estirpe, alcurnia, prosapia, abolengo. Nos detendremos (aunque, no olvidar esto, son todos sinónimos) en *abolengo* y *sangre*. El abolengo indica algo cerrado, algo vuelto sobre sí. De aquí que entre sus sinónimos figure *cuna*. "Pertenecemos a la misma cuna." "A la misma prosapia." "A la misma estirpe." En resumen, "a la misma sangre". No es casual que en el cuento de Cortázar, "Casa tomada", que luego habrá de ser interpretado como una metáfora de la oligarquía invadida por la *barbarie* peronista, los protagonistas sean dos hermanos entre quienes hay relaciones, apenas insinuadas, incestuosas. *La oligarquía es incestuosa.* Lo es en tanto sólo se reconoce a sí misma. Sus miembros comparten una *raíz*. Un tronco. La oligarquía es jerárquica. Hunde sus raíces en la tierra. Y esa tierra, además, le pertenece. Para los deleuzeanos: la oligarquía es arborescente, no rizomática. Si el rizoma crece en el modo de la horizontalidad, si cada rizoma vale tanto como el otro, si el rizoma no tiene su centro en ninguna parte sino en *todos* los rizomas, la oligarquía es, por el contrario, *arborescente*. Tiene raíces. Esas raíces se hunden, ¿dónde? En el pasado, en la Historia. La oligarquía tiene detrás de sí toda *su* historia. Y *su* historia es la historia de la patria. Si la historia de la patria es la de la oligarquía es porque la patria le pertenece. Ella la ha hecho. A veces, cuando se la cuestiona, la oligarquía, o sus defensores, no necesariamente oligarcas, dicen que *ella* ha hecho este país. *Que, mal o bien, lo ha hecho.* Este "mal o bien" justifica cualquier cosa. Pero arroja sobre nuestros rostros la certeza oligarca: ustedes no hicieron nada. Nosotros *–mal o bien–* hicimos este país. Y aunque uno les diga que lo hicieron *mal*, nada cambiará: "Lo hicimos. Ustedes están aquí por el país que nosotros hicimos". Resulta claro que "ellos" hicieron el país porque impidieron, casi siempre por medio de la violencia, que pudiera hacerlo cualquier otro grupo, al que rechazaron no bien le vieron alguna intención hegemónica. Tratar de hacer "otro" país del que hizo la oligarquía es precisamente la máxima subversión. Quien lo haya intentado y quien lo intente probará el frío puñal de los elegidos.

Me permitiré insistir con el concepto deleuzeano de *rizoma*, dado que, creo, resulta aquí bastante útil. El rizoma tiene el valor de anular el esquema jerarquizante. Se puede pensar desde él la política. De hecho, durante los intentos de democracia directa y durante el asambleísmo de fines del 2001 se empleó con notable riqueza. Deleuze y Guattari elaboran el concepto a partir de la botánica. El rizoma, en tanto tallo subterráneo que se ramifica en múltiples, diversas direcciones, *no tiene centro*. Abomina del concepto de *origen.* Hay una anulación de las jerarquías. Donde es imposible fijar un centro es imposible establecer una verticalidad. Deleuze y Guattari aplicaron el rizoma al psicoanálisis de modo brillante: "Tomemos una vez más al psicoanálisis como ejemplo: no sólo en su teoría, sino también en su práctica de cálculo y tratamiento, *El psicoanálisis somete al inconsciente a estructuras arborescentes (...) A órganos centrales, falo, árbol-falo.* El psicoanálisis no puede cambiar de método: su propio poder dictatorial está basado en una concepción dictatorial del inconsciente. El margen de maniobra del psicoanálisis queda así muy reducido. Tanto en el psicoanálisis como en su objeto, siempre hay un general, un jefe (el general Freud)" (Deleuze, Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia, pre-textos*, Valencia, 2002, p. 22). Como vemos, lo que de aquí se puede deducir es que la oligarquía es *falocéntrica*. El falo oligárquico es el tronco que más profundamente horada la tierra de la patria que sólo se deja penetrar por él. La Patria es de la oligarquía, pues ella ha hundido ahí su falo desde el inicio y no ha dejado de hacerlo. *Todo aquel que intente hacer lo mismo será cercenado*. El árbol (al que la oligarquía llama *arbol genealógico* pues la traslada hasta el origen, que es el de la Patria) es, en el imaginario sexual oligárquico, tronco y este tronco no sólo ha penetrado a la Patria, hasta tal punto lo ha hecho que es su columna vertebral. En suma, *la columna vertebral de la patria es el falo oligárquico*.

Todo rizoma se relaciona con otro y, en este sentido, cada rizoma es su propio centro pero no hay centro del rizoma. *Ningún rizoma puede hacer de su propio centro el centro del rizoma*. Si lo hiciera, el rizoma ya no sería lo que es. Hay una democratización por medio de la cual el centro está en todas partes y se carece de raíz y de tronco. Este esquema, el de *tronco* y el de *raíz* –al que más estamos acostumbrados– es el esquema arborescente. En el que hay una raíz y de esa raíz crecen las distintas ramificaciones que tienen en común un hecho decisivo: *todas remiten a la misma raíz*. De aquí que la oligarquía sea arborescente y no rizomática.

(Sobre el concepto de rizoma: Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia, 2002. Sobre todo la *Introducción*.) La palabra *raíz* es casi sinónimo de *oligarquía*, de *grupo*, de *casta*, de *familia*, de *cuna*. ¿Por qué *cuna* es sinónimo de estirpe o linaje? Porque *toda* la oligarquía pertenece a la misma cuna. Si digo que la oligarquía es *incestuosa*, si Cortázar lo insinúa en su cuento, es porque la oligarquía comparte la raíz (la tierra, su posesión), la sangre y la cuna. Otros sinónimos de *linaje* retornan sobre el concepto, clarificándolo: *casa, hogar, nacimiento.* O también: *raza* (por eso la oligarquía es racista y detesta a la "negrada", que no tiene su color, que no pertenece a su casa, que tiene *otro* nacimiento, un nacimiento bastardo, pues todo nacimiento que no remita a un origen común de casta implica *bastardía*) y *familia*. El otro sinónimo es *origen*. Del concepto de *origen* la oligarquía extrae el de *origen absoluto. El origen de todas las cosas*. Es decir, *Dios*. Con lo cual hemos formado la conocida fórmula de la derecha oligárquica o ultracatólica, que es también la simple oligarquía, ya que es imposible diseñar una *derecha* oligárquica, *toda la oligarquía es de derecha.* La conocida fórmula queda ahora al desnudo: *Dios, Patria, Hogar.*

## La oligarquía es causa; el bastardo: efecto sin causa

David Viñas tiene el mérito, entre otros, de haber sido el primero en llevar al análisis un texto imprescindible de Miguel Cané, el tierno autor de *Juvenilia*, texto obligatorio que *todos* hemos debido leer en nuestras escuelas (pues la oligarquía, *antes que el peronismo*, impuso sus libros de lectura), el despiadado impulsor de la Ley de Residencia, a la cual llamaba "dulce ley de expulsión", paranoico grave, que escribió, a uno de su *casta*, acerca de su horror por la "invasión" cosmopolita que la política inmigratoria de Buenos Aires había provocado. Cané se sentía obsesionado por el peligro que corrían las mujeres del círculo oligárquico. Se proponía impedir "que el primer guarango democrático (la oligarquía detesta la *democracia*, su mundo es *jerárquico*, recordemos que Borges calificaba a la democracia como "un vicio de la estadística", J. P. F.) enriquecido en el comercio de suelas se crea a su vez con derecho a echar su mano de tenorio en un salón al que entra tropezando con los muebles (el "invasor" tropieza con los muebles porque desconoce el "hogar" oligárquico, ningún oligarca haría eso porque todos conocen los hogares de todos, de aquí el incesto, J. P. F.). "No tienes idea de la irritación sorda que me invade cuando veo a una criatura delicada, fina, de *casta* (bastardilla mía, J. P. F.), cuya madre fue amiga de la mía, atacada por un grosero ingénito, cepillado por un sastre, cuando observo sus ojos clavados bestialmente en el cuerpo virginal que se entrega en su inocencia (...). Mira, nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido (sinónimo de *híbrido* es *heterogéneo*, antónimo de *híbrido* es *puro*, J. P. F.), que es hoy la base de nuestro país. ¿Quieren placeres fáciles, cómodos o peligrosos? Nuestra sociedad múltiple, confusa, ofrece campo vasto e inagotable. *Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio; cada día los argentinos disminuimos.* Salvemos nuestro predominio legítimo, no sólo desenvolviendo y nutriendo nuestro espíritu cuanto es posible, sino colocando a nuestras mujeres a una altura a que no lleguen las bajas aspiraciones de la turba. Entre ellas encontraremos nuestras compañeras, entre ellas las encontrarán nuestros hijos" (David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Sudamericana, Buenos Aires, p. 173. Bastardillas mías). Y el final del texto es plenamente revelador: "*Cerremos el círculo y velemos sobre él*" (Viñas, *Ibid*., p. 173). Sartre dirá de Genet: "Niño sin madre, efecto sin causa, Genet realiza en la rebelión, en el orgullo, en la desdicha, el soberbio proyecto de ser la causa de sí mismo" (Sartre, *Ibid*., p. 107). *Efecto sin causa*. Genet es la antítesis de la prosapia oligárquica, esa clase social que es la dueña del Ser. Y Evita los odiará desde lo más hondo de su corazón, de su desdicha, de su bastardía fundante. Ella no pertenece a ningún círculo. Ella, llegando a Buenos Aires, sólo con su bello cuerpo como arma, como lanza de conquista, será parte de "la invasión tosca" de los ajenos al grupo patrio. Pero el odio de Cané, su sexualidad paranoica, defenderá al círculo, velará sobre él, no lo entregará. A esa clase vino a odiar Evita. Esa clase la odió. La acusó de arribista, prostituta, demagógica, trepadora. Victoria Ocampo, sólo una niña desobediente, una feminista avant la lettre, intentará enfrentársele. Y la izquierda ilustrada creerá, o fingirá creer, en ese enfrentamiento, en esa absurda patraña. Creerá que se enfrentaban ahí las dos grandes mujeres de la historia argentina. No vale tanto Victoria. Evita es un icono de la historia universal. Victoria es una activista cultural del Río de la Plata. Cané era un enfermo. Pero siempre que la oligarquía reprime, y acostumbra a reprimir brutalmente, lo hace desde el odio de Cané. Seguiremos todavía un poco más navegando en esas aguas profundas, reveladoras. No pretendo contar la historia de Eva Perón. El propósito es bucear en su alma, el laborioso trabajo de entenderla. Laborioso y delicado. Laborioso y deslumbrante, deslumbrante porque ella lo es. También Sartre y Jean Genet continuarán junto a nosotros, ayudándonos.

## Cané, la paranoia sexual de la oligarquía

Del texto de Cané queda algo más (y seguramente mucho más que algo) que diremos. ¿Qué secreto de clase revela o expresa esa obsesión de Cané por proteger la virginidad de las mujeres de su clase? ¿Es la Patria una mujer? Así se la representa. Salvo, hasta donde yo sé, los duros alemanes, las bestias rubias de Nietzsche, los que veían en las aves de rapiña, en los guerreros, en los vikingos, el espejo de su estirpe, llevaban la identificación de la patria, más que con el padre o la madre, con el hombre de acción. Junto a esto hay algo que nos interesa más: no sólo *Vaterland* significa *patria* en alemán. Hay otra expresión más cálida, más ligada al ámbito natal. Es la que usa Heidegger: *Heimat*. Significa, también, *tierra*. La *tierra natal*. El lugar en que se nace, el lugar en que se debe permanecer. En los existenciarios auténtico/inauténtico Heidegger señala como una de las formas de la *inautenticidad* eso que habrá de llamar la *errancia*. La *errancia* es la no-permanencia en ningún sitio. Heidegger la asimila a la *avidez de novedades*. A eso que nos lleva de una cosa a la otra y nos impide reposar en ninguna. La *avidez de novedades* es la esencia del *shopping* siglo XXI. Pero hay algo más profundo en Heidegger y que se relaciona con Eva Perón y la bastardía. El bastardo carece de *Heimat*. Carece de raíces. Carece de tierra. Carece de solar natal. El bastardo, al no tener dónde estar, dónde reposar, dónde permanecer, en suma, dónde *SER*, es un ser *errante.* La definición de *errante* que ofrece María Moliner refiere a alguien que carece de "residencia o emplazamiento fijo". La tierra, la patria, la *Heimat* siempre está en el mismo lugar, y en ese lugar encuentra el hombre su autenticidad. Por el contrario, el "saltar de una cosa a la otra", eso que Heidegger llama "la errancia" y que es uno de los existenciarios que más duramente señalan la existencia *inauténtica*, no se detiene en nada. Nada, entonces, le pertenece. No tiene raíces. Se ha visto, con razón, en estos severos pensamientos heideggerianos, una punta de su antisemitismo. *El judío es el ser errante por excelencia.* (*Nota*: No hoy, desde luego. Hoy, el judío somete a la errancia, a la carencia de solar patrio, de lugar natal, de *Heimat*, al pueblo palestino. No es, ahora, nuestro tema. Bastará con señalarlo. Bastará, también, con señalar esa dolorosa paradoja: quien fue el pueblo errante por esencia, hoy, cuando posee un Estado, somete a otro pueblo a la errancia que él padeció. El sufrimiento, lejos de haber entregado la lección de no infligirlo a los otros, pareciera haber entregado el imperativo contrario. Lo cual es otro motivo para nuestro cada día más hondo cansancio, para nuestro desaliento, que viene de lejos, de Dostoievski, de Freud, de Kafka o de Benjamin, ante las bondades de la condición humana, tan poco visibles, para colmo, durante los años que corren, durante esta primera década del siglo XXI, en que la tortura es moneda corriente y los Estados la reivindican con total desparpajo.) Esta errancia del judío, que *Ser y tiempo* no plantea de modo explícito, pero cuya lectura es clara, es la cara de su bastardía. El pueblo judío es un pueblo bastardo. No tiene patria. No sabe de dónde proviene. No sabe dónde habrá de asentarse. Y ahí donde lo haga lo hará provisoriamente. No por su voluntad (algo que Heidegger y los antisemitas, incluso Marx, se han negado a ver), sino porque está siempre bajo el arbitrio del pueblo en que se refugiado, en el que ha buscado esa patria que no tiene. La única forma de tener poder es tener dinero. La relación del judío con el dinero no es una relación de *ser*. Es una relación de sobrevivencia. El judío debe volverse usurero para tener poder sobre quienes naturalmente lo tienen, los naturales de la patria en que está. Al no tener patria, debe tener dinero. Al tener dinero puede controlar a quienes lo controlan. Ese control es la usura. El judío no nace usurero. Los demás lo hacen usurero. Le obligan a serlo. Para peor, los otros adoptan ante él la pose de la pureza, del desinterés. El judío no tiene alma, no tiene espíritu. Sólo lo material, sólo la materialidad del dinero le interesa. Esto se puede ver en la obra adecuadamente antisemita de Shakespeare, *El mercader de Venecia*. Shakespeare crea a Shylock, el judío usurero. Errancia y usura son dos caras de una misma carencia: la carencia de patria. La bastardía. Se equivoca Marx cuando dice que con la desaparición del judío desaparecerá el capitalismo. O viceversa. Encuentra en la mercancía *dinero* aquella a la cual todas las otras se remiten. (*Nota*: Ver el capítulo sobre el fetiche de la mercancía en *El capital*.) Por consiguiente, todo se remite al poseedor del dinero, que es el judío. Eliminado el dinero se elimina la mercancía madre de la sociedad capitalista. Eliminar el dinero es eliminar al judío. Pero no estamos ahora para arreglar esta

situación con un texto poco afortunado de Marx y, por otra parte, excesivamente juvenil. Conservó estas ideas pues en sus análisis sobre la Comuna de París llama a los acreedores de Francia, o sea, Austria, "el Shylock austríaco".

Importa lo siguiente: Eva Perón comparte con el judío la errancia de la bastardía. Se puede recordar aquí el expresivo título de un viejo libro del escritor francés Eugenio Sue, *El judío errante*. ¿Tenía Eva el dinero que poseía el usurero judío para defenderse? No, ni por asomo. Era bastarda, carecía de solar patrio, era errante (de Los Toldos a Junín, de Junín a Buenos Aires, aunque hablamos aquí de una errancia más honda, no geográfica sino existencial, es la errancia del bastardo cuya patria no está en ningún lado, cuya patria es *nada*).

Volvamos a Cané. Cerrar el círculo, dice, y velar sobre él. Velar sobre él es velar sobre la patria. "Los argentinos cada vez somos menos." Los bastardos cada vez son más. Con todo, hemos sido nosotros, los argentinos que cada vez somos menos, los que hemos traído a esos bastardos (a esos *errantes*) para poblar este país. Somos así porque así nos hemos hecho. Nosotros los hemos traído y aceptado. Pero hay *un lugar* sobre el que no deberán poner sus rugosas manos: *el cuerpo de nuestras mujeres.* Ese cuerpo es el de la patria. Esas manos son rugosas –debe tomarse nota de esto– porque los errantes que han llegado lo han hecho para hacer las cosas que la oligarquía detesta hacer: *trabajar*. El trabajo, que es honrado, no les debe abrir ninguna puerta. Trabajarán y buscarán entre los de su clase a sus mujeres, vulgares como ellos. Se da el caso, lamentablemente, de algunos *rugosos* que se enriquecen y tienen el descaro de entrar en los salones, aunque tropiecen con los muebles, y mirar "bestialmente" (porque el trabajador bastardo, aunque enriquecido, sigue siendo una "bestia") "el cuerpo virginal" de una "criatura delicada, fina" que "*se entrega en su inocencia*". Aquí el texto de Cané llega a la cumbre de su enfermiza paranoia. Ya da por hecho el coito entre la "bestia" y la "criatura delicada, fina" y "virginal". ¿Por qué la niña "se entrega en su inocencia"? ¿Tan "inocente" es una niña que se entrega a una "bestia" rugosa? La patria está en peligro. Más aún de lo que Cané pensaba. Porque la patria, en su expresión más pura, más joven y virginal, se siente atraída por las bestias del populacho. Acaso Cané ya debía sospechar que "el círculo íntimo" era poco atractivo para las "jóvenes virginales". Que la "invasión", que el "afuera" atraía a las niñas ya aburridas de los ademanes lánguidos de la oligarquía. Que las "niñas" se morían por entregar sus "cuerpos virginales" a esos "bestias" que habían llegado allende el Atlántico. En esto, se ve al bastardo invadiendo el solar oligárquico. El errante *penetra* sexualmente a la patria. Y la patria, aburrida de sus viejos custodios, gozosa, va en busca de los nuevos, más fuertes, más brutales y, para decirlo todo y enloquecer a Cané, más viriles.

En Perón, la bastardía conduce al Ejército. Ahí se detiene, ahí termina, ahí calma su sed. No es azaroso que, no bien regresa a la patria, en junio de 1973, exprese en primer término el deseo de ser re-incorporado al Ejército. Para él, el amor del pueblo no lo arranca de su bastardía, no le es suficiente. No es el punto en que ha depositado su sed de *ser*. Para Perón, *ser es ser soldado*. Ser militar. Lo diga o no, la militancia de los setenta tuvo que tragarse, entre tantas otras cosas que se tragó de su "conductor estratégico", este berretín con el uniforme de milico. Perón, además, exige su ascenso. De general a teniente general. Lo exige él. Y cómo no habrían de dárselo si su misión era una misión del Ejército de la patria: frenar la guerrilla. Frenar el foco marxista que –según veremos en un discurso del general Sánchez de Bustamante– preocupaba no sólo al Ejército, sino a "los hombres de orden" del mismo justicialismo. Cuando los radicales, en 1984, le ceden la calle Cangallo a Perón, la nombran Teniente General Juan Domingo Perón. ¡La bronca que les dio a los peronistas! Habrían preferido "Presidente Perón". No obstante, si nos preguntamos qué habría preferido Perón, no hay duda posible: habría preferido ser recordado como teniente general. Durante su presidencia abusaba de las grandes capas militares. Y en una circunstancia excepcionalmente delicada, es decir, cuando tuvo que expresar, y lo hizo de modo extremo, su disgusto por el asalto a la Guarnición de Azul por parte del ERP en 1974, lo hizo muy deliberadamente con sus galas de teniente general. No habría de ser Perón quien rechazara el uniforme militar. El Ejército le había dado el Ser. Y en el Ejército es donde él lo había buscado. Nunca lo abandonó.

## Eva Perón, Jean Genet, la obsesión ontológica

Uno es, sin duda, lo que se hace. Esta ya no es una frase del viejo existencialismo. Es más que eso. Si es una clave para entender a Eva Perón, insisto, es más que eso. También uno es lo que las condiciones materiales de existencia hacen de él. Desde luego: Marx tenía razón. Uno es lenguaje. Recibe una lengua que no dominará. Hablará un lenguaje que él cree hablar cuando, en rigor, es ese lenguaje el que lo habla. De acuerdo. Tiene razón, aquí, Lacan. Pero uno, sumergido en su contexto histórico, en su condicionamiento de clase, sometido por el lenguaje que ha penetrado en él, decidirá sobre sí a partir de todos esos condicionamientos. Si no, no hay moral. Si no, nadie es culpable. Nadie es inocente. Uno, como Jean Genet, busca ser algo. Uno, como Eva Perón, también. Todos buscamos la plenitud del Ser. Todos queremos ser y ser reconocidos en nuestro ser. La condición humana (en tanto esa aventura que el hombre emprende para ser sí-mismo) es una aventura ontológica. Una aventura por la cual el hombre busca darse el Ser. Esa aventura se expresa como nadie en el bastardo. Se expresa también en el judío. Y acaso se exprese hoy, en tanto terrible paradoja, en el palestino, que busca el Ser en lucha contra quienes nunca lo tuvieron, y ahora que lo tienen se lo impiden tener a él.

La búsqueda de Eva Perón es una lucha por hacerse *objeto*. Pero no objeto carente de conciencia. No objeto sin sujeto. Quiere ser *algo*. Tener entidad ontológica: "Quiere hacerse ser y conciencia de ser al mismo tiempo (como escribe Sartre de Genet); el ser es su deseo (...) su vida no será sino una aventura ontológica" (Sartre, *Ibid*., p. 100). Eva, como Genet, tiene una *Obsesión ontológica* (Sartre, *Ibid*., p. 110). Escribe, con precisión, Sebreli: "Por medio de Eva Perón, los trabajadores exiliados en su propio país hasta entonces comenzaron a sentirse como en su casa, en las fábricas donde debían ser respetados por el patrón, en la calle y hasta en la administración pública, la solidaridad de la acción política los liberaba de la soledad y la tristeza que es la característica de la condición obrera (...). *Eva Perón, la desclasada, la desarraigada, también encontraba por primera vez una clase de la cual hacerse solidaria*" (Sebreli, *Ibid*., p. 84. Bastardillas mías).

Esta unión entre la clase obrera y Eva Perón es la unión de los malditos por la oligarquía. La oligarquía trajo al inmigrante y lo puso a trabajar pero le hizo sentir, desde el primer día en el Hotel de Inmigrantes, que el país al que llegaba tenía "ganadores y perdedores". Nunca le reconoció dignidad. Siempre fueron los negritos, las negritas, los tanos, los gallegos, los judíos. Del otro lado, "el círculo íntimo". Los *naturalmente* destinados a mandar. No es casual que el odio de Eva se haya concentrado en la oligarquía. Afirmaba su Ser afirmando su odio. Yo *soy* esta que odia. Odio a los que pretenden poseer el Ser. A los que nada hicieron para tenerlo. Ella, por el contrario, se dio el Ser luchando a dentelladas. Con uñas y dientes se hizo, por fin, lo que era: Eva Perón. Le faltaba algo. Le faltaba ese uniforme que con tanta arrogancia lucía Perón. ¿Qué es un uniforme militar? Es un ropaje institucional. Uno se pone ese uniforme y pasa a ser parte de la institucionalidad de la patria. Eva, entonces, busca lo absoluto. Su *obsesión ontológica* tiene una meta. Esa meta es el Estado. Ser parte esencial del Estado argentino le hará dejar atrás, para siempre, su bastardía de provinciana pobre, de piba de pueblo, de iletrada.

## Te casaste con una mina, Juan, que tenía un cuerpo y sudores y olores de mujer

(Eva y Juan Perón están en el comedor de la residencia presidencial. El come temprano. Se levanta temprano. Cena siempre lo mismo. Un bife, un vaso de vino, algo de dulce de leche. El come. Eva lo mira y espera que él la mire para hablarle.)

*Evita*: ¿Por qué no me preguntás de una buena vez lo que querés preguntarme?

*Perón*: ¿Y qué vendría a ser eso, chinita? (*La mira fijamente*.) ¿Que vendría a ser lo que te quieropreguntar y no te pregunto?

*Evita*: Por qué quiero la vicepresidencia. Eso es lo que nunca me preguntaste de frente.

*Perón*: Tu candidatura es una jugada política de la CGT.

*Evita*: Mi candidatura es una jugada política mía, Juan. Una jugada política y personal. Sobre todo personal.

*Perón*: Está seco y duro este bife. El presidente de la Argentina cena un bife seco y duro. (*La mira*.) ¿Por qué "personal"?

*Evita*: Comé tu bife seco y duro y dejame con-

tarte algo. (*Pausa. Luego:*) Tenía siete años cuando murió mi padre.

*Perón*: Ya me lo contaste.

*Evita*: No te conté todo. Mi madre nos llevó al velorio. Y no nos querían dejar entrar. Y apareció una mocosa, una hija legítima de mi padre. Y se puso a gritar como una loca. Y gritaba: "¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho?". Siempre fue así conmigo. ¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho esa actriz de mierda anda con el coronel Perón? ¿Con qué derecho lo acompaña al desfile del 9 de Julio, al Teatro Colón el 25 de Mayo? Y después, todavía peor: ¿Con qué derecho se reúne con los ministros? ¿Con qué derecho opina sobre las cuestiones de Estado? ¿Con qué derecho armó esa fundación, le puso su nombre y ayuda a los pobres? (*Pausa*.) Siempre fui una ilegítima, Juan. Una bastarda. Nunca tuve derecho a nada. Bueno, se acabó. Quiero ser parte del Estado. Quiero tener ese derecho. No quiero que ningún hijo de puta vuelva a preguntarme "Con qué derecho". Quiero la vicepresidencia, Juan. Ese derecho quiero.

*Perón*: (*Como distraído*) ¿Habrá dulce de leche? (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, *Ibid*., pp. 52/53.)

Esta fuga de Perón hacia el tema del dulce de leche señala la actitud que habrá de tener a lo largo de toda la cuestión de la vicepresidencia de Evita: ambigüedad, que sí, que no, hacé tu 17 de Octubre, tirate a la pileta, ¿te va a respaldar la CGT, Espejo, Armando Cabo?, la cosa está peliaguda, al Ejército no le gusta nada, a la Iglesia tampoco, no sé, chinita, no sé. Finalmente hará levantar el acto en la 9 de Julio. Hasta Espejo se anima a contradecirlo: tanto respaldaba la CGT a Eva. El tema del cáncer solucionará la cuestión. Perón, que ya se lo había dicho a sus militares leales, se lo dice a ella la noche del acto.

*Perón*: Hubo demasiada resistencia.

*Evita*: ¿Quiénes?

*Perón*: Los militares, sobre todo.

*Evita*: Vos te enfrentaste antes a tus (*con ironía*) "compañeros de armas". Te juntaste conmigo. Con una mina. Y se lo tuvieron que tragar. Conmigo, Juan. Una actriz, una mujer de verdad. No un florero, no un adorno estúpido como fueron siempre las mujeres de los presidentes. ¡Conmigo, Juan! Que tenía un pasado, un cuerpo y sudores y olores de mujer. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué no te jugaste por mí esta vez?

*Perón*: Porque no pude, chinita. Porque vos no podés ser vicepresidenta. Y no por los militares, ni por los curas, ni por los oligarcas. Vos sabés por qué. Yo te lo voy a decir... pero vos ya me lo dijiste. Vos ya lo sabés.

*Evita*: ¿Qué es lo que sé? ¿Qué es lo que te dije?

*Perón*: Me dijiste que odiabas tu cuerpo. Que te estaba traicionando. Dijiste que era el mejor aliado de tus enemigos. El que estaba consiguiendo lo que ninguno de ellos había conseguido: derrotarte.

(*Pausa. Perón apaga su cigarrillo. Mira a Evita*.)

*Perón*: Tu cuerpo te abandonó, te traicionó, te derrotó. Estás enferma, chinita. (*Pausa. Casi con furia*) ¡Tenés cáncer, carajo! ¡Tenés cáncer!

(*Evita, luego de un largo momento, agarra un pote de crema y lo arroja contra el espejo que se rompe en infinitos pedazos*.)

*Evita*: No quiero más espejos en esta habitación. No quiero verme morir. (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, *Ibid*., ps. 109/110).

La muerte no le daría el Ser que tanto buscó. Célebremente, Heidegger dice: *La muerte no totaliza al Dasein. Cuando el Dasein muere no es, deja de ser*. La sed del bastardo no se cumpliría ni con la muerte. Al fin soy. Soy eso: soy un muerto. No, la muerte no totaliza. El bastardo, cuando muere, no es por fin para siempre un cadáver. Con la muerte, el bastardo no *es*. Con la muerte, el bastardo sólo *deja de ser*. El bastardo y todos nosotros. La muerte no cierra el círculo. No *somos* por fin cuando morimos. Sólo dejamos de ser. *Somos cuando vivimos*.

Seguiremos con Eva. Tenemos que analizar todavía un texto fundamental como *Mi mensaje*. Ahí –refiriéndose a la oligarquía– habrá de decir: *Yo fui la única que me di el gusto de insultarlos de frente*. Tan irritante era su figura, tanto la odiaban (mucho más que a Perón), que es arduo conjeturar qué habría ocurrido si "su cuerpo no la traicionaba, no la derrotaba". A veces uno piensa que la consigna "Si Evita viviera sería Montonera" era irrealizable, no sólo por las opiniones diferenciadas que sobre ella podamos tener, sino porque, si Evita hubiera vivido, esos a los que se dio el gusto de insultar de frente, y que fueron los mismos que después matarían treinta mil personas en este país, la habrían matado antes a ella. Es una hipótesis. Pero no la desechen. Merece ser pensada y discutida. Exige su reflexión.

## Evita y el tango

Evita –y posiblemente sea éste uno de sus perfiles más profundos, más ricos– no es como la mujer del tango, que se ha ido del barrio para el centro. No es "la Margot". "Eras mi Margarita, ahora te llaman Margot" o "Milonguita, las luces del centro te han hecho mal/ y hoy darías toda tu alma por vestirte de percal". Lo digo porque hay muchos que interpretan el peregrinaje de Eva (Los Toldos, Junín, Buenos Aires) como el de la piba del tango, que pasa del barrio (con toda su carga de verdad, de autenticidad, de solar materno, de barro, de pampa, de perfumes de yuyos y de alfalfa: "la esquina del herrero, barro y pampa", dirá Homero Manzi) al centro, donde están las luces, la vida fácil en la que fatalmente se extraviará. La piba del tango hace su peregrinaje en busca del ascenso social, la ambición que la empuja es la del dinero, la del lujo, ese lujo que le darán los "morlacos del otario", la de trepar. Ningún tango expresa esta situación de áspera, de velada traición, como el que, en 1924, estrena Gardel con letra de Celedonio Flores. La Cenicienta del tango no quiere unir su destino al de los pobres. Viene huyendo de esa pobreza. Viene en busca del centro, donde está el poder, los autos caros, el champán. Si antes "gambeteaba la pobreza en la casa de pensión" ahora es toda una bacana y a una bacana la vida le ríe y canta. El que está junto a ella, ya no es el muchacho que la amó en el barrio, es un "otario", calificativo que ese muchacho le entrega y que expresa, más que desdén, su resentimiento, su bronca de perdedor. No tiene cómo discutirle al "otario" lo que hoy quiere la percanta. No tiene con qué. El se quedó en el barrio y en el barrio no hay morlacos. Sólo hay ahí la poesía de los arrabales. Que es pintoresca para los ricos, pero es sufrimiento para los pobres. De aquí que Discépolo le diga a Mordisquito que él ya no añora la pobreza triste de los tangos. Que el portland será menos poético, pero hace vivir mejor, con más dignidad. Discépolo, así, es el tanguero que cambia el ladrido de los perros a la luna, los grillos, el misterio, los rumores de milonga, el fuelle que rezonga, la quieta luz del farol, el alma del gorrión sentimental, la esquina del herrero y, sobre todo, el barro y la pampa, por las casitas para los pobres, para los que trabajan, para los malevos que ahora son proletarios, para el puñal que ahora es martillo o pala o torno metalúrgico. Si el tanguero le dijera a Mordisquito "ya nunca me verás como me vieras, recostado en la vidriera, esperándote" (como dice, tan hermosamente, Homero Manzi), Mordisquito le diría que no espere más, que se vaya a laburar, que sea la novia la que lo espere a la salida de la fábrica o en la casita del nuevo barrio, donde ya no hay calles de barro, donde no hay inundación, donde el obrero hizo olvidar al guapo, de qué, le diría, tenés nostalgias, ¿tanto te gustaban los años que han pasado, cuando los pibes, en lugar de tomar leche, hacían cola para ver la nata?, vamos, Manzi, esa arena que la vida se llevó se la llevó para bien, no te apesadumbrés por los barrios que han cambiado porque han cambiado para ser mejores, porque hoy a Pompeya no la alumbran las estrellas sino el alumbrado público, ¿de qué zanjón me hablás?, ¿qué le veías de lindo al zanjón?, al perfume de los yuyos y de la alfalfa, se acabó, Homero, todo ese mundo rural y miserable de los tangos fue derrotado por el trabajo para todos, por la vida honrada, por el derecho a la vivienda digna, a las vacaciones, al chamamé de la buena digestión, como ya te dije antes.

De esta forma, el "barrio de tango, luna y misterio" queda en manos de los poetas cultos, como Borges, que lo reinventan desde una estética del coraje, del cuchillo, del suburbio, del Sur. Alguien dijo, y dijo bien, que el peronismo mató al tango. Es cierto. Ya Alberto Castillo, hacia 1954, cantaba más canciones festivas que tangos melancólicos. "Por cuatro días locos". "Yo llegué a la Argentina/ en una noche divina/ del cincuenta y cuatro." El tango reo, el tango de la poetización de la pobreza, o de su negación absoluta y brutal en la figura de la mina que se pianta, que va en busca del centro, pero para perderse porque perdió la verdad, la autenticidad del barrio, porque los hombres le "han hecho mal", porque hoy daría toda su vida "por vestirse de percal", a ese tango lo mató el portland del peronismo, y esa canción la cantó Discépolo, justamente él, que había cantado como nadie el tango de la desesperanza, del suicidio, del "cachá el bufoso y chau". No es incongruente con esto que digo, sino que lo confirma con una mezcla de barroco y tango reo, de Ginastera y Troilo, de Shostakovich y Pugliese, de Gerry Mulligan y Horacio Salgán, que el tango del post-peronismo se deposite en el fuelle de Astor Piazzolla, que ya no les canta a "las calles de Pompeya" (que se mete, también, con el jazz, con esas novenas disonantes, con esas quintas ásperas), sino a Buenos Aires, a la ciudad, a la locura urbana, al caos y a esa poesía quieta que invade las calles cuando el gentío duerme, cuando sólo hay una brisa que arremolina papeles, volantes políticos, diarios de ayer, a Buenos Aires que es, para él, lo que fue para George Gershwin Nueva York, la neurosis urbana, la gente apurada, la rapsodia en remaches, el mundo que no espera, el tiempo que se ha transformado en velocidad, la luna plateada que ya no ilumina al barrio, sino que va "rodando por Callao".

Pero Eva (y veremos esto con más detalle) no es como la mina del tango. Su viaje de Junín a Buenos Aires se le parece. Pero ella no vino por los "morlacos del otario". No es (como dice Tim Rice, el guionista de la ópera *Evita*) "la más grande trepadora después de la Cenicienta". Grave error, señor Rice. Evita no vino a probarse ningún zapatito, no vino a levantarse al Príncipe que se levantó para vivir siempre en Palacio jugándola de Reina, aprendiendo los buenos modales de la monarquía para ser aceptada por ella. Vino para insultarlos de frente. Trepó para descender hacia los pobres y compartir con ellos lo que había conquistado. Evita no es la Cenicienta ni es la Margot. Con su traje sastre, con su rodete que se cierra como un puño que golpea, vino para no traicionarse. Para no abandonar su resentimiento. Del que vivirá y morirá orgullosa. Porque la piba de barrio se hace amante y mantenida de los ricos. Porque la Cenicienta sólo busca al Príncipe para reinar junto a él cuando el momento, que llegará, llegue. Porque la tan trinada rebeldía de Victoria Ocampo sólo exhibe la historia de la niña rica y traviesa, de la alborotadora, de la pre-feminista a lo sumo o de la incorregible de la familia oligárquica, pero nunca cambió su destino de clase, siempre reposó en la más honda densidad del Ser, fue previsible, tanto en su aliadofismo antifascista de los cuarenta como en su macartismo pro-norteamericano de fines de los cincuenta, tanto en su antiperonismo elitista, tramado por el odio de clase y el desdén cultural, como en su discurso de 1977, al ocupar su esperable, totalmente previsible, lugar en la Academia de Letras, en el que defiende un feminismo abstracto en tanto las Madres de Plaza de Mayo se jugaban la vida en un feminismo concreto que desde el alma misma de la mujer y de la mujer madre, algo que Victoria tampoco fue, pedía por la vida de los hijos ausentes, por los cuerpos que les habían sustraído. Evita, contrariamente, vino para desmentir lo lineal, lo previsible, los caminos trillados de las trepadoras. Si no la única, ha de ser una de las muy escasas perdedoras que triunfó sin olvidar ni negar su origen. Eso, muy pocas.

**PRÓXIMO DOMINGO**

**Eva Perón (IV)**